



(42) entrevista

De los 16 a los 38, 52:

*entrevista a Manuel García Díez,
un emprendedor del mundo rural*

TEXTO: Marcos García Díez





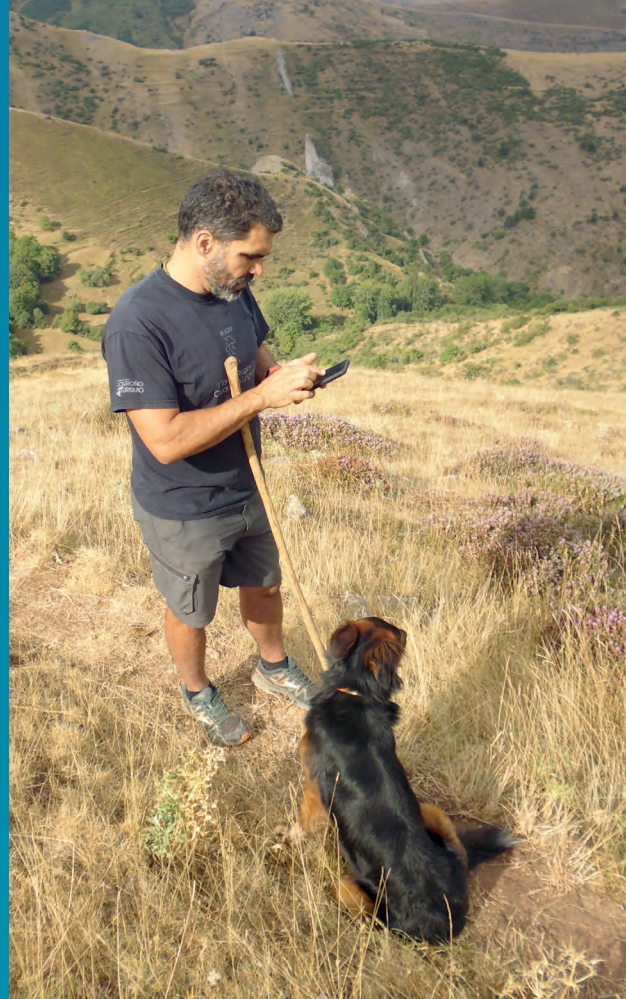
Manuel García Díez (Logroño, 1978) mecánico de formación, ha desempeñado diferentes trabajos en la industria, aunque con un ojo siempre puesto en la naturaleza y el paisaje de Anguiano. Un día colgó la precisión del calibre para empuñar la vara de pastor y acogerse a la flexibilidad de los ritmos de la naturaleza. Hoy, con ella y la ayuda de sus perros, maneja sus vacas, sus cuatro burros y alguna que otra cabra. Ya con una concepción integral de la convivencia con el entorno, su mirada ahora es más profunda y su gesto, para los que lo conocen, más sereno.

Son las ocho de la mañana, me asomo a la ventana con un café humeante en la mano. Abajo, montado en su todoterreno, Manuel me espera toqueteando su móvil. Me espera. Me calzo las botas y me junto con él. Para poder ocupar el asiento de copiloto, Nacho, su perro más fiel, tiene que pasar al asiento de atrás. El animal no para de mirarme con curiosidad.

Antes de arrancar, Manuel me muestra en el móvil una imagen de satélite, en qué diferentes símbolos le indican dónde están sus vacas y el toro.

Mira, en esta loma han pasado la noche y ahora se están desplazando hacia esta majada, ahí nos vamos a encontrar con ellas.

Nos ponemos en marcha. Los primeros cinco kilómetros son por carretera. La pri-



mera parada la hacemos en el corral, a pocos metros de abandonar la calzada asfaltada. Cuando las nieves y el frío azotan las cumbres cercanas, las vacas bajan al valle donde encuentran los pastos de invierno y se les aporta la comida necesaria si hay escasez. Varios perros nos saludan con sus ladridos y la familia de burros se acerca al trotecillo. Echamos de comer a los perros y Manuel le da a los burros unos tacos de pienso prensado.

Aquí en el corral tengo el acopio de pienso y paja para cuando es necesario, también es donde meto a las vacas recién paridas con sus chotos los primeros días para vigilarlas más de cerca y controlar que tengan una buena alimentación, también, si alguna tiene una herida que debo controlar, la meto aquí en el hospital. Bromea.

¿Y los burros?, pregunto.



Estos nada: un poco de entretenimiento y que me mantienen limpia de hierba la zona. Como son amistosos y se ha corrido la voz, hay mucha gente que se para y los llama para darles alguna zanahoria o fruta y, claro..., así con la tripa llena no tienen que hacerme la labor de desbroce del entorno cercano, que es para lo que los tengo contratados. Bromea de nuevo.

Repartimos otros tacos a los burros que se dejan rascar sin ningún problema. Cuando descubren que no hay más, se dan la vuelta y enfilan para el barranco. De las cabras hoy no hay noticia, parece que hacen la vida por su cuenta.

Nos volvemos a montar en el vehículo y encaramos la pista de Roñas. Le pregunto de dónde surgió lo de dejar la fábrica para hacerse ganadero.

Bueno, coincidió la oportunidad de comenzar con una ganadería ya hecha, y el anhelo de trabajar en el pueblo que ya vivía.

Pero, ¿hay antecedentes en tu familia?

No aparta los ojos de la pista, pero su mirada se hace a la vez ausente, como si rebuscara con ellos entre las historias y recuerdos de sus mayores.

Sin haber un contacto directo, ya que mi madre dejó las ovejas a los 16 años para bajarse a Logroño a trabajar en una fábrica, sí que es una tradición de mi familia. Mis abuelos maternos también eran ganaderos; por la parte de mi padre, se dedicaban a la madera, a las cortas de hayas y nogales, pero, también te digo, raro es el que en el pueblo, no haya tenido algún antepasado en esto. Así que yo, a los 38 años, 52 años más tarde, he retomado, de alguna forma, mi tradición.

¿Lo imaginabas así?

Pues por mucho que te cuenten, en cierto modo es un salto al vacío. Ya llevo cuatro años y siempre pasan cosas nuevas. No es que me pase a mí, incluso los ganaderos más veteranos.





Sin haber un contacto directo, ya que mi madre dejó las ovejas a los 16 años para bajarse a Logroño a trabajar en una fábrica, sí que es una tradición de mi familia. Mis abuelos maternos también eran ganaderos; por la parte de mi padre, se dedicaban a la madera, a las cortas de hayas y nogales, pero, también te digo, raro es el que en el pueblo, no haya tenido algún antepasado en esto. Así que yo, a los 38 años, 52 años más tarde, he retomado, de alguna forma, mi tradición

Estamos llegando a la loma, ya en el término de Brieva, cerca del puerto de Peña Hincada. El cielo está abierto y nos acompaña un día luminoso. Cansado de no ocupar su sitio, una cabezota aparece entre la de Manuel y la mía, Nacho está contento de llegar a su terreno. Manuel le reprende con un gesto, y el perro obedece de inmediato.

¿Cómo reaccionó tu entorno?

Sorprende en general. Encontré ánimos que me llegaban desde el entorno rural y por otra parte miedo en la familia, mucho. Creo que estaba todo justificado. El sector es muy distinto a todos en los que tenemos experiencia real en la familia, sus referencias son las de las duras condiciones de la antigua ganadería, los del pueblo me daban ánimos: así somos una familia más.

¿Qué ha sido lo mejor de esta decisión?

Vivir de lo que quieres, si eso paga tus facturas, no tiene precio. Un trabajo que es elegido es menos trabajo, por eso ha significado un cambio importante en mi vida. Estoy en contacto permanente con la naturaleza, satisfecho de ver cómo poco a poco evoluciona mi negocio, a todos nos gusta que al emprender algo sea para bien. Si a eso le sumas que es un estilo de vida sostenible...

¿Y qué es lo peor que se lleva?

Pues las bajas, tanto de accidentes o enfermedades, como por las ventas, me tuve que hacer a vender los chotos. –suspira. Te confieso que la primera vez no lloré porque no estaba solo, luego he pensado que los animales de mi explotación han vivido bien en buenas condiciones y que bueno, necesito que esto funcione y tener beneficios, porque mi familia vive de esto.

Hemos llegado a la majada que, al salir de casa, Manuel me ha señalado en la aplicación de seguimiento de sus vacas. El ruido del motor las ha alertado a todas y con su andar pausado se acercan. Parece que saben que les van a dar golosinas, entre el grupo destaca *Chuchi*, un toro “*limousine*” de 900kg y 1.70 de alto. Nacho, sin orden alguna, azuza a las más rezagadas. Cuando están todas, Manuel, reparte, echando puños por aquí y por allá, sal y tacos de los que hemos recogido en el corral. Aprovechando que están paradas, las cuenta: faltan cuatro. Saca los prismáticos y se vuelve hacia donde han pasado la noche. Están allí, rezagadas.

Nacho en alerta continua, mira a Manuel y mira a las vacas. Es un perro de mil leches, como dicen por aquí. El negro predomina en su pelaje con *corros* marrones y blancos y un simpático calcetín también blanco. Es nervioso, casi hiperactivo, y simultáneamente atento. Aprendió el oficio de su madre, *Neska*, una perra que era la sombra



de su amo. Atiende las órdenes sin dudar y cuando no hay tarea para él, explora los alrededores, sin dejar de acercarse regularmente para ver si está todo en orden.

¡Tráelas aquí!- ordena Manuel. Tenerlas juntas,-me dice- me permite controlarlas mejor.

Corriendo como un poseído, se llega hasta ellas y comienza a azuzarlas hasta que las junta con el resto del rebaño, a estas también les llega su golosina. Las vacas empiezan a alejarse, excepto una.

Te presento a *Chumbi*; a esta la criamos a biberón y está muy acostumbrada a nosotros. La vaca ya tiene un porte importante y dos cuernos que nacen casi horizontales que ya impresionan, pero es cierto, se deja acariciar como un gato, Manuel le da un par de tacos más que le tenía reservados y con la vara la empuja para que se vaya, obedece no sin cada media docena de pasos volverse a mirar, *Nacho* le gruñe.

Nos sentamos a la sombra de un espino blanco, Manuel saca de la caja del vehículo un tupper con macarrones con atún y huevo duro. Me saben a gloria mientras continuamos con la conversación.

¿Qué sientes al oír hablar de la España abandonada vaciada o el nombre que te guste?

El nombre que me gusta es ninguno. No está vacía, estamos pocos, así que abandonada tampoco. (Guarda silencio). Sé que, como sociedad, se ha apostado por otro modelo de agrupamiento de los ciudadanos y es lo que hay. El que quiere puede vivir aquí, pero hay que renunciar a algunas cosas para ganar otras. Sí que puedo decir que hay puntos críticos, demasiada distancia a un núcleo urbano de cierta importancia juega en contra. Las posibilidades laborales son importantes y el *wifi* no es la solución, ayuda sí, pero no es la solución, Los adolescentes lógicamente

quieren estar cerca de otros y de determinadas formas de ocio y al llegar a una edad, las familias por el tema de estudios se disgregan. De esto podríamos hablar horas y horas.

Entiendo que es una realidad caleidoscópica, no es lo mismo el medio rural de la sierra, aquí en Anguiano, que los Cameros o la Rioja más oriental. Eso siendo una comunidad pequeña. Probablemente uno de los ingredientes principales de la solución sea la voluntad real de todos los implicados, que no son solo los afectados directamente. Pero vamos a lo nuestro de ahora; estoy viendo tus vacas y yo de esto no sé mucho. Cuéntame las características de tu explotación.

Así, en un resumen rápido, mi explotación es ganadería extensiva en zona de montaña. No son de raza pura, son el resultado de cruces de razas comerciales, *charolesas* y *limusines*, con otras tradicionales, también tengo cinco de "*avileña-negra-ibérica*", proporcionadas por la Consejería de Agricultura de la explotación de Pazuengos, que son la base autóctona,

Asociado a esto te podría hablar de la situación que se vive de pérdida de pastizales, embastecimiento del pasto restante y matorralización por reducción de la cabaña. A consecuencia de esto, los animales que quedan se concentran en la zona en que se mantienen, con resultado de círculo vicioso. Podríamos decir que es una recuperación de la naturaleza, de lo que es suyo y que es una vuelta al equilibrio natural. Lo que ocurre

Vivir de lo que quieres, si eso
paga tus facturas, no tiene
precio. Un trabajo que es
elegido es menos trabajo, por eso
ha significado un cambio
importante en mi vida





Por otra parte, si mi hijo quiere seguir adelante, pero no como vía de escape o de única posibilidad, me gustaría que fuera una decisión madurada no empujada por las circunstancias y siempre después de formarse, de conocer otras realidades laborales y explotaciones o incluso de ver el mundo

es que, tras cientos de años de intervención con el ganado, este retorno trae muchos problemas, porque el ecosistema por sí mismo está desequilibrado. Retirarnos ahora sería como lo que ha pasado en Afganistán recientemente.

Una cabezota de nuevo, esta vez más grande, de vaca, se cuela entre las nuestras. Chumbi ha dado la vuelta por detrás, para aparecer y golosear otro poco. Un puñado de nuestros macarrones sacian su apetito y ya marcha junto a las otras acosada por Nacho.

Muchos están responsabilizando a los ganaderos del cambio climático.

Es importante diferenciar nuestra ganadería extensiva de la intensiva: una es ganadería, la otra, la intensiva, es industria. El estiércol, por ejemplo, deja de ser un fertilizante natural para transformarse en un residuo de difícil gestión y muy contaminante.

Nos montamos de nuevo en el coche, ahora Nacho se pone en mis piernas para ver mejor, recuperamos la pista y en una curva antes del descenso damos un último vistazo: el rebaño se dirige a un abrevadero cercano; la sal les pide agua

Veo que apuestas por otro modelo de relación con la naturaleza, ¿tienes algún plan en esta dirección?

Poco a poco voy ajustando el manejo que he heredado a otro que considero más adaptado a mi entorno, sin renunciar a la rentabilidad es posible un manejo beneficioso para el medio ambiente. Apuesto por una ganadería ajustada al terreno, recuperando las rotaciones en las zonas de pastos para no sobrepastorear, ya que eso desequilibra el ecosistema. El paso de las vacas abona y labra el suelo “a diente y pezuña”, posibilitando el crecimiento de nuevos pastos, más óptimos.

¡Oye!, ¿y las vacaciones?

En verano los animales necesitan menos atención y es cuando es posible desconectarse algún día, No obstante, al disfrutar del trabajo y no tener el temido estrés, la demanda de descanso se modifica, así que, más que descanso lo que necesito es un cambio de aires, en ese sentido de desconexión, y para eso , no necesito estar un mes fuera.

A Brasil o Australia, veo que no vas a poder ir para ver cómo se maneja el ganado allí.

No descartes que un día me vaya. De momento me conformo con lo que leo y también lo que veo en internet, pero si nos asociamos en una especie de cooperativa unos cuantos ganaderos de la zona, en la época en la que el trabajo es más tranquilo, estoy seguro de que eso sería posible. Ya hay cosas que ya hacemos distintas a lo de antes. Ahora por ejemplo, controlamos al toro para concentrar los nacimientos cuando nos interesa, ya que en la fase de los partos es cuanto más trabajo tenemos y más riesgo. Estoy seguro, no obstante, que si voy, aprendería cosas interesantes.

¿Te gustaría que tu hijo continuase con este negocio?, ¿es una realidad con futuro?



La ganadería tiene y debe tener futuro, ya no por mi negocio, como país incluso con una perspectiva estratégica de soberanía alimentaria es clave, además de la ya consabida biodiversidad o prevención de grandes incendios forestales.

Por otra parte, si mi hijo quiere seguir adelante, pero no como vía de escape o de única posibilidad, me gustaría que fuera una decisión madurada no empujada por las circunstancias y siempre después de formarse, de conocer otras realidades laborales y explotaciones o incluso de ver el mundo.

Nos montamos de nuevo en el coche. Nacho parece haber aceptado que hoy soy yo el copiloto y descansa tranquilo en el asiento de atrás y ajeno a nuestra conversación, se duerme con el traqueteo.

Aprovechando el altavoz de este rato, ¿cuáles son tus demandas y a quién se las haces?

Sin perder la vista de la carretera Manuel guarda unos segundos de silencio

Sería interesante que el comercio fuera justo ya que tenemos la batalla perdida contra la carne de

importación. Tengo fe en un consumidor exigente que vote con sus euros el sistema más adecuado y que observe no sólo en clave de precio, sino de beneficio global. Estoy seguro de que eso podría dar la vuelta al modelo.

También hay un *raca-raca* con las subvenciones, se podría orientar la PAC, limitando las subvenciones a las macro explotaciones o a las explotaciones zombis, o subvencionando directamente al consumidor para que coman carne de calidad y bajo impacto,... Es otro tema del que podríamos hablar horas y horas.

En una curva del camino, paramos y entramos marcha atrás por una antigua pista, a unos 150 metros, llegamos a un haya arrancada de raíz que ya está troceada en rodajas como de medio metro. Una suerte de bombonas de butano ecológicas. Manuel me pide ayuda para cargar unas cuantas en la caja del *pickup*. Arderán en la chimenea en la próxima estación. Cuando nos volvemos a montar en el vehículo, Manuel con una marcada sonrisa en la cara, me dice:

Marcos, aquí el invierno se prepara en verano.